

ESTÉBANEZ CALDERÓN, SERAFÍN (1799-1867)

ROMANCES

(Galantes y pastoriles)

ROMANCE I

La mañana de abril

ROMANCE II

El estío

ROMANCE III

El presumido humillado

ROMANCE IV

A las nubes

ROMANCE V

El amor y en tiempo

ROMANCE VI

La siega

ROMANCES

Galantes y pastoriles

Árbol que fuiste testigo
del bien primero y postrero
que amor me dio en galardón
de los males que padezco;
cuando te planté, vivía
con un solo bien contento,
y ahora mil sinsabores
agravan más mi tormento.
-LOPE DE VEGA

ROMANCE I

La mañana de abril

¡Cuán fausto viene en los brazos
del regalado Favonio
bañada su faz en risa
el mes de Abril venturoso!
¡Cuál en un carro de flores,
triscando alegres entorno,
las leves Horas lo traen
en su riquísimo solio!
Galán de la Primavera,
del año nuncio glorioso,
do quier que tiende la vista
rosas siembra y quita abrojos.

La mañana engalanando
su cabello y virgen rostro,
sale a su feliz encuentro
llena del más puro gozo.
En su regazo de aromas
con mil inocentes votos
le acoge, y le da mil besos
en ademán cariñoso.

En tanto del claro Oriente
asoma el sol en su trono,
dando al prado mil colores
con su disco luminoso.
Mil pintorescos celajes
la mente ve con asombro,
que la hermosa luz reflejan
cual prisma maravilloso.
¡Oh qué ráfagas celestes!
¡Qué pabellones de oro!

¡Qué carmines y arreboles
do quier deslumbran los ojos!
Allá las rosadas nubes
en fresca lluvia de pronto
se deshacen, fecundando
del prado el menudo polvo.
Mil hilos de perlas caen
cual lucientes abalorios,
que al descenso los columpia
el Céfito con sus soplos.

La luz fugaz reverbera
en tan cristalinos copos,
y al través se ven vagando
los cambiantes más vistosos:
en tanto que a la otra parte
se mece en noble decoro
el arco hermoso del iris
orlado de azul y rojo.
Con su lluvia el claro día
se baña en fúlgido lloro,
mientras que en el alto cielo
se ostenta riente Apolo.

¡Oh qué mágico contraste,
ver pintarse el alborozo
entre el llanto y la sonrisa
en la faz del orbe todo!
¡Cuál con su aliento inocente
vence el Abril delicioso
las galas del fértil Mayo,
las mieses del rico Agosto!

El vergel alza sus ramas,
y meciendo sus pimpollo,
escarcha el fresco rocío
en mil topacios lumbrosos.
El agua en las leves hojas
se cuaja en lucientes globos,
que en mil brillos multiplican
del sol los rayos dudosos.
El azahar se conmueve
en sus fragantes cogollos,
embalsamando el ambiente
con su perfume oloroso.

El rosal y los claveles,
del jardín florido adorno,
matizan ya sus capullos
en tildes, jaldes y blondos.
Ya reverdecen las vides,
y en sus yemas y retoños
sacuden del crudo hibierno
el letargo y mortal opio.

Entre madreselva y mirto

la hiedra se abraza al tronco,
y ensortijando sus ramas
busca en él piadoso apoyo.
Desde su sombra anhelantes,
volando tras sus esposos,
salen las blancas palomas
clamando en arrullos roncros.

Escenas tan agradables
en apacible alboroto
las avecillas celebran
en mil armónicos coros;
y allá en la fresca cañada
entre los tallos del olmo,
se lamenta con mil trinos
el ruiseñor amoroso.

Por los riscos de la sierra,
huérfano dejando el chozo,
en pos viene del rebaño
el zagalejo donoso
detrás de la blanca madre
trisca el inocente choto
con delicados balidos,
y en agraciados retozos.
En la ladera frondosa
salta relinchando el potro,
y recostado en la yerba
gravemente muge el toro.

Despeñado por los riscos
baja el cristalino arroyo,
enamorando al oído
con su murmullo sonoro.
Ora aquí gira en mil vueltas
fugitivo y bullicioso,
por salvar de alguna piedra
el leve y rústico estorbo.
Ora allá, segando el paso
en un remanso gracioso,
cual en transparente espejo
retrata los verdes pobos.

Sobre el margen liba el agua,
en mil delicados sorbos,
el pájaro que a su nido

lleva tan dulce socorro.
Este pintoresco cuadro,
por remate prodigioso,
al horizonte termina
en un dilatado soto.
Y la opuesta cordillera,
de la tierra inmenso aborto,
sale a poner con su mole
a la vista linde y coto.
Entre la verde espesura
de los álamos frondosos
descuella algún caserío,
fausto albergue del contorno.

Veloz por la oscura umbría
huye del fiel perro el lobo,
que deja yermo el aprisco
con sus sangrientos destrozos;
y el montero por las quiebras
en ademán cuidadoso
ora persigue la liebre,
ora el fugitivo corzo.
Asesta y dispara el arma,
el humo se alza espantoso,
y el eco tardo a lo lejos
multiplica el trueno sordo.

Envuelto en la horrenda nube
parte el mortífero plomo,
y tras la víctima herida
se lanza ladrando el dogo.
El ánade en el estanque
se baña ufano y pomposo,
y los rubios pececillos
se ven nadar en el fondo.
Sobre el cáliz de las flores
en discordie desentono,
vaga y susurra la abeja
libando dulces tesoros;
y la linda mariposa
en giros raudos y locos,
muestra cual siempre su pecho
inconstante y desdeñoso.

El árbol, dando en su copa
del fruto el más rico asomo,

promete dar al labriego
el esquilmo más copioso.
Aquí su flor muestra el guindo
en cien festones de oro,
allí su alloza el almendro,
su trama el olivo hermoso;
y sus vástagos el sauce,
como en lánguido abandono
deja caer, cual llorando
con lastimados sollozos.
Agobiado el buey paciente
va rondando el ancho pozo,
y mueve el rústico apresto
con estridor el más bronco.

Gira el ánfora entre tanto,
y en incesante retorno
cual cristal el agua trae,
que corre al huerto abundoso.
La cascada allá murmura,
bulle el céfiro canoro,
su esquila suenan los mansos,
sus copas mecen los pobos.
Todo es vida y movimiento,
orden y amor misterioso,
y celestial armonía
que el pecho contempla absorto.

Desde el florido collado
se ve el cristalino golfo,
en zonas de azul y verde
besar su pie al promontorio:
y a la banda contrapuesta,
cual formidables colosos,
se ven medirse en las nubes
los altos montes del Moro.

Acaso pintada nave
hiende el azulado Ponto,
dando flámulas al viento
libre ya de airado Noto.
Todo es placer y ventura,
la dicha llega a su colmo,
y al Abril y sus delicias
su palma cede el Otoño.
Ven, ven, ¡oh mes apacible!

Y en mi pecho bondadoso
derrama tu fausto influjo
disipando mis enojos.
Ven, ven, y mi mente absorta
goce en plácido reposo
los bienes que al orbe prestas
clemente de polo a polo.

ROMANCE II

El estío

Ya en medio del alto cielo,
cual en un fulgente alcázar,
señoreando a la tierra
el Sol se muestra entre llamas.
Huyen cual débiles sombras
a las gratas enramadas
las leves Horas, que ciñen
su diadema a la mañana.

El Céfiro desmayado
pliega sus trémulas alas,
y entre las hojas del bosque
dormido la noche aguarda.
Cesan las aves su canto,
y en áspera disonancia
sólo el estridor se escucha
de la importuna cigarra.
En su carro el Sol en tanto
al alto cenit se avanza,
y de su faz reluciente
mares de fuego derrama.

Muge enfurecido el toro,
y de la cumbre más alta
rápido desciende al río
y su ardor en él apaga.
Entre las algas y juncos
el tardo reptil se arrastra,
y la pintada culebra
silbando el cuello levanta.

Acaso cruzando el prado

huyendo la liebre pasa,
o en el árido rastrojo
la voraz langosta salta.
Con sus matices las flores
no ya el vergel engalanan,
ni con sus dulces perfumes
al grato ambiente embalsaman.
Que el rayo ardiente de Febo
agostó sus frescas galas,
y su aroma delicioso
consumió con sed insana.

Echado junto al montero
fatigado el can descansa,
y acaso ladra soñando
los azares de la caza.
O bien las áridas fauces,
que el calor estivo inflama,
abre incesante, buscando
el dulce halago del aura.
Resuena con grave estruendo
en el monte la cascada,
que bullendo entre los riscos
la más blanca espuma alza.

El Sol con mano potente
lleva la fogosa hacha,
con que enardece los vientos
y la triste tierra abrasa.
Hierva el encendido polvo,
y de él la tímida planta
huye el pastor, y un asilo
bajo el emparrado halla.

El mundo gime lloroso,
y en sus profundas entrañas
siente el destructor incendio
que lo consume y acaba.
En vano las claras fuentes
abren sus urnas de plata,
y los tersos arroyuelos
de los altos montes bajan;
que ansiosa la hirviente arena
el curso débil del agua
con tenues besos consume
entre sus ovas y algas.

En un ardiente letargo
ve la mente alucinada
sepultado al orbe entero,
y ardiendo en voraces llamas.
Tímida espera a la tarde,
que en apacible bonanza
venga a templar con su aliento
del Sol la furia tirana.
Mientras que el dios con su disco,
rojo cual fúlgida ascua,
admirando a los mortales
el mediodía señala.

ROMANCE III

El presumido humillado

Bien hayas, linda Zagala,
por el donoso despego
con que humillar has sabido
de Gil el orgullo necio.
Bien hayas, que a la hermosura
muy bien sienta el vencimiento,
si con sus armas abate
a un presumido soberbio.
Gil con pretensión altiva
de galán como discreto,
el yugo de amor miraba
con un desdén altanero:
y feliz siempre, por suerte,
en mil amorosos juegos
era como el rey ufano
de las zagalas del pueblo.
De él una leve mirada
era un fino galanteo,
sus invectivas y burlas
un cortés razonamiento.

Contaba como flaqueza
digna de baldón eterno,
aunque fuese a la más bella
dar el corazón en feudo.
Jamás suplicó rendido,

ni instó con amante esfuerzo,
ni le aquejaron su mente
los amorosos desvelos.
¡Mas ay del triste que quiera
por un tiránico imperio
el pecho de las hermosas
mandar con vara de hierro!
Que si bien éste se rinde
a unos encendidos ruegos
donde el amor se retrate
tímido, puro y sincero,
así también se resiste,
cual castillo en roca puesto,
si se quiere haber por fuerza,
y no por merecimiento.

Bien haya una y mil veces
el cumplido zagalejo
que toda su dicha cifra
en la humildad de su afecto.
Que a éste Amor le revela
el inefable secreto
con que abrir fácil la puerta
del más desdeñoso pecho.
No así Gil, que envanecido
presumió llevar por premio
de su orgullo, lo que puede
ser blasón de todo un reino.
Te vio y te amó (si es que abriga
tan celestial sentimiento
el que se afrenta de serle
sumiso al dios ceguezuelo).
Triunfante ya se gozaba
en el placer lisonjero
de colmar con tus amores
sus no muy caros trofeos.

Sin duda iré, se decía,
y en gustosos pasatiempos
haré vasalla a otra hermosa
blasonando después de ello.
Así razonó, y quería
llegar y rendirte luego,
lucir tu amor en la aldea,
después volando a otro objeto.
¡Pero cuál fue su sorpresa

al ver que en noble despejo,
sin presumirte de esquiva
ni hacer gala del desprecio,
rechazaste sus finezas
con mil leves desafectos,
dando respuesta a sus flores
con demostrar no entenderlo!
Atrás volvió, y admirado
se demandaba a sí mismo,
cómo feliz no salía
su empresa al primer intento.

Mas nunca dio a tus desvíos
la causa del contratiempo,
que el que presume de amores
es tardo en convencimiento.
Pensó incrédulo que ansiosa
no recoger sus obsequios,
o era exceso de modestia
o torpeza en entenderlos.
Así más envanecido
dobló sus ofrecimientos,
prodigándote oficioso
los más galantes requiebros;
y por mostrarse en las lides
amorosas más experto,
ya tímido se fingía,
ora alegre y satisfecho.

Mas como en artes de amores
toda mujer es maestro,
y que trazas tan añejas
no surten su antiguo efecto,
los ardidés entendiste,
y con desdén más resuelto
pronunciaste más la fuerza
de tu esquivo menosprecio.
Perdió pie ya Gil entonces
en su loco devaneo,
sin saber cuál redimirse
de aquel azar tan funesto.
Quite buscaba a la flecha
que Amor le asestaba diestro,
y en su fatiga dejaba
el pecho más descubierto.
En despiques de amor propio,

que hasta allí conservó ileso,
se disfrazaba la llama
del más encendido fuego.
Conoció por vez primera
haber trocado el sendero,
que al corazón de una hermosa
conduce fácil y recto.

Así turbado y confuso,
sonrojado en su despecho,
con escuela más sumisa
vino a rondarte de nuevo.
Mas en amor, como en guerra,
perder el feliz momento
es despreñar de la suerte
el don que no vuelve luego:
pues tú ya firme en mostrarte
inexorable a sus ruegos,
a sus súplicas ardientes
dabas respuestas de hielo.
¡Cuál el triste enamorado,
vagando perdido y ciego,
por recobrase caía
en mil necios desaciertos!
Ora del amor hablaba
con sentencias y consejos,
cual si iniciado estuviese
en sus más sacros misterios.

Ora su dolor vestía
con disfraz el más risueño,
tachando al amor de vano,
pueril entretenimiento.
Ya por ocultar a todos
lo rabioso de su incendio,
de su desamor se daba
mil plácemes a sí mismo.
Y ya acaso (mayor seña
de su pasión dando en esto)
afectaba hallar maligno
en tu rostro algún defecto.
Pero a nadie de la aldea
persuadió tal fingimiento,
ni deslumbraron las trazas
de tan necios desacuerdos;
pues todos bien conocían

que en su engañoso contento,
la risa estaba en los labios,
pero la hiel allá dentro.

Mas él, zozobrando mientras
entre dudas y recelos,
al fin hallar presumía
en ti a su amor fausto puerto.
Sin pensar correr perdido
el huracán tan horrendo
que provoca, el verse triste
por otro galán depuesto.
Notó al través delicado
de tu recato hechicero
la inclinación más honesta
por el donoso Fileno.
¡Qué dolorosas angustias
probó en su soberbio pecho
al verse sacrificado
como víctima a otro dueño!
¡Cuál sin límites su pena
se aumentaba, conociendo
las prendas que aventajaban
al pastorcillo tan bello!

Dándose al fin por vencido,
y un mar de llanto vertiendo,
a ti acudió ya postrado
amor y piedad pidiendo:
mas como preces nacidas
de un forzado humillamiento,
no inspiran la confianza
que un tímido amor primero,
su ofrenda así desdeñaste,
y feliz acogimiento
diste al divino holocausto
del Zagalejo modesto.
Prendárate, no lo rico
de sus preciosos arreos,
ni su destreza en el baile,
ni su talle airoso y suelto,
te enamoró, sí, lo fino
de sus tímidos deseos,
y de su ardor expresivo
el tierno encarecimiento.

¿Cómo poder tú librarte
con un corazón tan tierno,
de dar a tan fino amante
un fausto agradecimiento?
¿Cómo tu pecho sensible
dejar sin pago un anhelo,
tan dulcemente explicado
y con tan finos conceptos?
Cediste al fin, y tus labios
colmo a su dicha pusieron,
y en cien tímidos favores
tu amor le probaste cierto.
Todo el pueblo ve, Zagala,
con sumo gozo el empleo
que de pastor tan cumplido
tu pasión discreta ha hecho:
todos de Gil la desgracia
celebran con más empeño,
por ver sumiso a un rebelde
y castigado a un soberbio.

Sus graciosas aventuras
se cuentan ya por proverbios;
ayer del caso cantaban
las pastoras estos versos:
Huye avergonzado,
huye, necio Gil,
de las anchas vegas
del claro Genil:
que aquí sólo agrada
la pasión constante,
del más fiel y puro
y rendido amante;
y no los despegos
que quieres lucir
con las zagalejas
¡oh menguado Gil!

Tu desdén emplea
y ruda altivez,
si el turbante vistes
renegando en Fez:
que allí las mujeres
hallan un Visir
en vez de un amante,
mas no en el Genil;

que en su orilla encuentran
en vez de Sultán,
un pastor sumiso,
tímido y galán.
Con que así, por siempre
huye, necio Gil,
de las verdes vegas
del claro Genil.

ROMANCE IV

A las nubes

Cesad, o funestas nubes,
con vuestra lluvia importuna
de aguar con siniestro empeño
las horas de mi ventura.
Esos turbios aguaceros
que el florido campo inundan,
huyan del helado Norte
a las regiones oscuras:
y limpio el sereno cielo,
con faz luciente la luna
por el éter cristalino
su clara luz distribuya;
y pueda mi bien, a salvo
del huracán y su furia,
dejar su albergue, midiendo
el prado en huella segura;
pueda lucirse en la fiesta,
bailar alegre en la gruta,
gozando yo por mis ojos
de su angélica figura.

Tres noches ha que esta dicha
mi estrella infiel me rehúsa,
que son tres siglos de ausencia
vividos siempre en angustia.
Ven, mi cielo, que esta falta
desquitará mi fortuna,
requebrándote más fino
y más amante que nunca.
Goce yo verte en la danza
airosa como ninguna,

revolando los listones
de tu flexible cintura.

Oiga yo tu voz divina
que en dulce canto se luzca
bien como el blando suspiro
del Céfiro que susurra.
Pueda yo hablarte en amores,
y que tu boca tan pura
dispense fausta acogida
a mis tímidas preguntas.
Te hará de amor la fianza
mi lengua, jamás perjura,
mil propósitos más tiernos
escuchando de la tuya.

Frenad ya, negros nublados,
vuestra escarcha y luengas lluvias,
y el claro arroyo despeje
su cristal que el hielo enturbia.
El prado muestra su gala,
la flor sus corolas rubias,
do la linda mariposa
en locos vuelos circula.
Tornen las aves al canto
entre las ramas ocultas,
y que gocen sus amores
en dulce y lasciva lucha.
Si por más tiempo retardas
que yo adore tu hermosura,
¿cómo sufrir en mi pecho
tantos desvelos y dudas?

Celoso y ciego, apurando
el cáliz de la amargura,
suspirará sin consuelo,
cantará triste mi musa.
Ven pues con tu blando influjo,
florido Abril, en mi ayuda,
y que a tu fausta llegada
los fieros nublados huyan.
De la estación venturosa
el cetro feliz empuña,
y en los granizos de Marzo
que tu blando aliento influya.
Mas si mi súplica ardiente

sordo e insensible no escuchas,
¿Por qué no sales, bien mío,
vengando tú así mi injuria?
Que a tus dos hermosos soles,
que a un tiempo ciegan y alumbran,
su furor calmará Marzo,
su escarcha la niebla impura.

Mas ya en el cárdeno cielo
hermoso el Iris dibuja
entre colores el arco
que el viento manso columpia.
Despeja el monte su cumbre,
su faz la verde laguna,
y el turbio arroyo ya corre
en cristal y blanca espuma.
Entre las hojas pomposas
el blando viento murmura,
y en los vástagos más altos
pule el jilguero la pluma.
Se viste el cielo fulgente
de mil visos que deslumbran,
y el fértil suelo se alfombra
en fresco trébol y juncia.
Sin duda mi amada llega,
todo feliz me lo anuncia,
que prados, flores y aves
en su paso la saludan.

A sus pies vuelo anhelante,
y en deliciosa ternura,
le pediré que me imponga
de amor la feliz coyunda.
Le pintaré mis tormentos,
mi dulce amor y locura,
rindiéndole mi albedrío
como a señora absoluta.

ROMANCE V

El amor y en tiempo

(Imitación de Legouvé.)

Peregrinando un anciano,
que tiene por nombre el Tiempo,
llegó a la margen del río
más caudaloso y soberbio.
Al verse a pie y sin amparo,
en un país extranjero,
así clamaba en la orilla
con un dolorido acento:
«¿El que mide los instantes
no encontrará aquí consuelo?»

Por piedad, venid, amigos,
venid a pasar el Tiempo».
Mil bellas que en la ribera
estas súplicas oyeron,
brindarle el barco querían
en que es Amor marinero.
Mas otra hermosa más sabia
el peligro conociendo,
sin cesar les repetía
este prudente consejo:

«Dejad, incautas zagalas,
tan temerario proyecto,
que muchas han naufragado
por querer pasar el Tiempo».
El Amor en su barquilla
gira al borde contrapuesto,
y al pobre anciano le ofrece
pasaje con blando ruego.
Lo embarca, y con faz risueña
se abandona al fácil viento,
los cristalinos raudales
con los remos sacudiendo.

Y al paso que el agua hendía
cantaba en alegre empeño:
«Mirad, hermosas zagalas,
cómo el Amor pasa el Tiempo.»
Mas el dios rindiose pronto
cual en blando desaliento,
y a su vez con diestra mano
el Tiempo empuñó los remos.
«Te cansas, niño, le dijo,
tal fue siempre tu defecto;
deja, deja tal fatiga

mientras yo firme navego:
que en tanto diré triunfante,
con aire el más placentero:
contemplad en fin, pastoras,
que al Amor lo pasa el Tiempo».

Apenas holló la playa,
cuando en profundo silencio,
sin saludar las pastoras,
su rumbo siguió el viajero.
«Espera, huésped», le dicen:
Responde: «atrás jamás vuelvo»,
y de sus brazos se aleja
con paso insensible y lento.
Entonces ambas orillas
con triste canto dijeron:
«Mirad, hermosas zagalas,
cuál pasa y no vuelve el Tiempo».

Más allá encontró más ríos
el anciano pasajero,
presidiendo el mismo cuadro
siempre en un círculo eterno.
Su llegada, para el joven,
gozo era siempre y contento,
como su pronta partida
señal del más triste duelo.
Todas las bellas ansiaban
do quier por pasar el Tiempo,
Amor después lo pasaba,
y él pasaba al Amor luego.

ROMANCE VI

La siega

¡Cuál en apacibles ondas,
que el Céfiro fugaz alza,
las leves espigas de oro
se mecen en dulce calma!
¡Cuál en graciosos vaivenes
se abaten, huyen y enlazan,
remedando en su murmurio
el blando bullir del agua!

En mil lucientes coronas
ostentan el grano ufanas,
que embutido en mil capullos
tras sí los ojos arrastran.
Doblando en flexibles arcos
su cuello a tan rica carga,
parece que al blondo Agosto
le rinden humilde paria;
y sus tesoros la tierra
mostrando en las rubias hazas,
del labrador satisfecho
corona ya la esperanza.

Mientras el mes ardoroso
con noble faz se adelanta,
los zagales presidiendo
con la segur levantada
en cien numerosos bandos
aquí y allí se derraman,
y las hoces relucientes
vibran en las febles cañas:
en tierra abatidas caen,
en haces mil las preparan;
de allí la liebre se ahuyenta,
o de aquí el insecto salta.
Con más ardiente porfía
los segadores avanzan,
y el ancha vega de pronto
su pompa pierde y su gala.
En pos del perdido grano,
que olvida una mano avara,
la espigadera inocente
viene con tímida planta.

En tanto en las anchas eras
se ve disponer la parva,
do en abundantes rimeros
la fértil mies se levanta.
Batiendo el casco el caballo
en ademán noble marcha,
y el trillo con fuerte acero
los altos panes quebranta,
el zagal en duro silbo
su fiero látigo estalla,
y la cuadriga dirige
y con voz alegre canta.

Ora el rústico tridente
el haz robusto desata,
ora arroja en grave impulso
al viento la débil paja.
De ella los menudos granos
sueitamente se separan,
y cayendo en hilos de oro
son nuncios de la abundancia.

Montes de trigo aparecen
por maravillosa magia,
y en su cumbre cual trofeo
los altos bieldos se clavan.
Dando giros en el aire
sutiles aristas vagan,
que en opuestas direcciones
en fin por siempre se apartan.
No de otra suerte mi estrella
cruel de mi lado arranca
los amigos que clementes
mi pecho fiel consolaban.
A los trojes y graneros
el grano en tanto trasladan,
y el labrador se sonrío
viendo el premio de sus ansias.
Los gozosos pajarillos
en bulliciosa algazara,
hacen bailar en sus picos
los leves granos que hallan.

En el florido collado
la tímida oveja bala,
y paciendo en el rastrojo
el blanco becerro brama.
¡Oh qué placer, qué ventura,
ventura a que nada iguala,
verse entre aperos y arados
presidiendo una labranza!
¡Qué gozo uncir la coyunda,
ver numerar la manada,
y oír sonar las esquilas
por el prado en la mañana!
En placer tan inocente
¡con qué desdén mira el alma
los tesoros que da Tíbar,
y el oro puro de Arabia!

¡Feliz aquel que en el campo
exento su vida pasa,
y el que goce tanta dicha
mil y mil veces bien haya!

De tan armónico canto
ya Mérido descansaba,
cuando vio a su amante hermosa
salvar la verde cañada.
Un haz de doradas flores
la espigadera llevaba,
que el trigo en rosas convierte
do pone su breve palma.
Entonces el pastorcillo
entre requiebros la llama,
cantándole esta letrilla
con voz la más dulce y blanda.
La que en primavera
cortando vas rosas,
o pomas sabrosas
del verde peral,
bella espigadera,
que en crudas fatigas
coges las espigas
que olvida el zagal:
deja por tu vida
tal pena y enojo,
que puede un abrojo
tus manos herir.

Ven, ven, mi querida,
que en tu sangre roja
querrá su alba hoja
el lirio teñir.
En afán más blando
tu belleza emplea,
y el amor te vea
amores gozar.
Mírete espigando
afanes, delirios,
y dulces martirios
que da en su penar.
Ven, ven a la gruta
do ansioso te aguardo
con bálsamo y nardo
que te he de ofrecer.

Y desde que enluta
sus luces el día
te tendré por mía
hasta amanecer.